

LA VOCACIÓN DEL CANTOR EN LA TRADICIÓN HEBREA¹

Abraham Joshua Heschel²

¿Qué es lo que busca una persona que entra en una Sinagoga? Quien desea estudiar frecuenta una Biblioteca; quien desea enriquecerse en el plano estético, visita los museos de arte; aquel que ama la música, frecuenta los conciertos. Y, ¿cuál es la razón para acercarse a una sinagoga? Hay muchas oportunidades para adquirir los valores, oficios y técnicas importantes para el mundo, pero ¿a dónde ir para aprender las profundidades del espíritu? Existen muchas oportunidades para hablar en público, pero ¿dónde encontrar oportunidades para el silencio? Muchos nos enseñaron a ser elocuentes, pero ¿quién nos enseñará a callar? Ciertamente es importante desarrollar el sentido del “humorismo”, pero ¿no es aun más importante poseer el sentido del respeto a lo sagrado? ¿Dónde se puede adquirir la perenne sabiduría de la compasión? ¿Y el pánico ante la propia crueldad? ¿O el peligro de llegar a ser insensible? ¿Dónde se podrá aprender que la virtud más profunda es la contrición? Por importante y precioso que sea el desarrollo de nuestras facultades intelectuales, el cultivo de una conciencia sensible es igualmente importante.

1 Tomado del libro *Il Canto della libertà*, Edizione Qiqajon, Bose, pp. 109-127. Traducción del P. Max Alexander, osb.

2 Abraham Joshua Heschel nace en Varsovia el 11 de enero de 1907, en una familia hebrea ortodoxa. Recibe una educación hebrea tradicional: desde niño es introducido en el estudio de la *Torah*, del *Talmud* y de la *Qábala*. Después de cursar el bachillerato en Vilna (Lituania), estudia Filosofía, Filología semítica e Historia en la Universidad de Berlín. Se laureó en el otoño de 1933 con una tesis sobre la “conciencia profética”. En 1937 es elegido por Martín Buber, ya estando a punto de emigrar a Jerusalén, como su sucesor en el Profesorado Judío de Francfurt y en el Instituto Central de Educación Hebrea de adultos. Pero al año siguiente, por el decreto de expulsión de los judíos, debe dejar precipitadamente Alemania y regresar a Varsovia, donde enseñó por ocho meses en el Instituto de Estudios Hebreos. La amenaza nazi lo lleva después a refugiarse en Londres y luego en América, donde enseñó en el Seminario Teológico Judío de América en Nueva York hasta su muerte en 1972. El periodo americano fue el más fecundo, por sus obras sobre la filosofía del judaísmo y por su intensa actividad pública.

Todos corremos constantemente el riesgo de caer en las tinieblas de la vanidad. Todos participamos en la adoración del propio yo. ¿Dónde y cómo lograr hacernos sensibles a las trampas de la inteligencia, o a la comprensión de que la propia conveniencia no es la cumbre de las virtudes?

Constantemente estamos necesitados de auto-purificación. Tenemos necesidad de experimentar momentos en los cuales la realidad espiritual sea tan relevante como la realidad concreta, por ejemplo la estética. Cada uno de nosotros posee el sentido de la belleza. Todos somos capaces de distinguir entre lo hermoso y lo feo. Pero tenemos que aprender a nutrir la sensibilidad de las realidades del espíritu. Y la sinagoga es el lugar en el que podemos buscar adquirir esa interioridad, esa sensibilidad.

Para alcanzar un cierto grado de certeza espiritual, no podemos apoyarnos únicamente en nuestros propios recursos. Necesitamos una atmósfera en la cual la sed espiritual sea compartida por una comunidad. Tenemos necesidad de estudiantes y estudiosos, de maestros y especialistas. Pero sobre todo necesitamos de testigos, de personas comprometidas con el culto, que al menos por unos instantes se den cuenta de que la vida es insignificante si no está unida a Dios. Es tarea del cantor crear la comunidad litúrgica, transformando una pluralidad de individuos que están rezando en comunidad orante.

Si reflexiona sobre su existencia religiosa, un hebreo se da cuenta de que los momentos religiosos más sobresalientes tuvieron lugar durante la oración. El culto es la fuente de la experiencia religiosa, de la experiencia religiosa profunda, y religiosamente, algunos de nosotros vivimos de aquello que nos ocurre durante las horas transcurridas en la sinagoga. En el pasado estas horas fueron el manantial, la fuente de nuestra fe. ¿Siguen manando esos manantiales en nuestro tiempo?

Un día, mientras participaba de un oficio religioso, escuché, por casualidad, el comentario de una señora anciana a su amiga: “Fue una ceremonia lindita”. Me vinieron ganas de llorar. ¿Es esto la oración para nosotros? Dios es austero. Nunca es “lindito”. Y sin embargo nosotros pensamos que rezar es hacer melindres: “*Sirvan al Señor con temor; exulten en Él, temblando*” (Sal 2,11).

Crecí en un edificio de culto en el que lo espiritual era tangible y real. No había elegancia, pero sí contrición; no se gozaba de demasiado bienestar, pero se respiraba la atmósfera de los grandes ideales y aspiraciones. Era un lugar

donde al encontrar a un hebreo, se captaba el hebraísmo. Algo les ocurría a las personas que penetraban en el espacio sagrado. Todavía hoy, cada vez que voy a una sinagoga tengo la esperanza de volver a experimentar al menos una pizca de aquella atmósfera. Pero, ¿qué encuentro en las sinagogas actuales? Estamos todos de acuerdo en la importancia de la oración. Los cantores dedican su entera existencia al arte de guiar a nuestro pueblo en la oración. Verdaderamente, entre nuestros actos de culto, el de la oración es el más concurrido. Cada siete días miles de hebreos van a la sinagoga. Pero, ¿qué es lo que “sucede” en la mayoría de nuestras reuniones religiosas?

Es importante darse cuenta de las dificultades que debe afrontar el cantor. Con frecuencia la invitación a orar se estrella contra un telón de acero. No siempre la asamblea está abierta y dispuesta al gesto cultural. El cantor debe perforar la coraza de la indiferencia. Debe luchar para obtener una respuesta. Debe conquistar a los presentes de manera de poder hablarles. Con frecuencia tiene que despertar previamente a los que dormitan, para poder hacer de “*sheliach*³ *tzibur*” [o sea “el enviado de la comunidad”]. Y sin embargo no debemos olvidar que el alma de nuestro pueblo atesora la herencia de una disponibilidad espiritual para responder. Es cierto, por otra parte, que dicha disponibilidad puede verse frustrada por la falta de nuevas inspiraciones, de la misma manera que el fuego se apaga por falta de combustible.

La tragedia de la sinagoga es hoy la despersonalización de la oración. La *jazzanut* (el oficio de cantor) se ha convertido en una actividad de especialistas, en ejecución técnica, en un asunto impersonal. Como consecuencia, los sonidos que emite el *jazzan* (cantor) no suscitan participación alguna. Entran por los oídos, pero no llegan al corazón.

La palabra hebrea más apropiada para referirse al cantor es *Baal Tefillah*, es decir “Maestro de Oración”. La misión del cantor es conducir a la oración; no está ante el arca (que contiene la *Torá*) como un artista aislado, ni como individuo, sino junto a la asamblea. Debe identificarse con la asamblea. Su misión es la de representar, y al mismo tiempo, inspirar a la comunidad. En la sinagoga la música no tiene finalidad en sí misma, sino como instrumento de experiencia religiosa. La función de la música es ayudarnos a vivir con intensidad un momento de

3 *Sheliach* es la palabra hebrea que traducida al griego del NT y luego al castellano significa *apóstol* (enviado).

confrontación en presencia de Dios, abriéndonos a Él en la alabanza, en el examen crítico de nosotros mismos y en la esperanza.

Nos hemos habituado a creer que el mundo subsiste en un vacío espiritual, mientras los serafines proclaman: “*toda la tierra está llena de su gloria*” (Is 6,3). ¿Solo a los serafines se les concedió la capacidad de glorificar? “*Los cielos proclaman la gloria de Dios*” (Sal 19,2). ¿Cómo la proclaman?, ¿de qué modo la revelan? “*Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz*.” (Sal 19,4). Los cielos no tienen voz, la gloria no es audible. Es tarea del hombre revelar lo que permanece escondido, dar voz a la gloria, cantar su silencio, expresar, por así decirlo, lo que está en el corazón de todas las cosas. La gloria está allí, invisible y silenciosa. La voz se la da el hombre. Su tarea es ser el canto. El cosmos es una asamblea en busca de cantor. Cada séptimo día proclamamos como dato de la realidad:

Todos te dan gracias,
 todos te alaban,
 todos repiten:
 “*no hay Santo como el Señor*”⁴.

¿Qué oídos han escuchado a los árboles alabar coralmente a Dios? ¿Alguna vez ha pensado tu mente en invitar al sol a alabar al Señor? Y, sin embargo, el canto que el oído es incapaz de captar, la melodía que la razón no percibe, nuestra oración se la explica a nuestras almas. Es una verdad superior, a ser recibida por el espíritu: “*Que todas tus criaturas te celebren, Señor*” (Sal 145,10).

No estamos solos en nuestros gestos de alabanza. Allí donde hay vida, existe un culto silencioso. El mundo está siempre a punto de unirse en adoración. Es el hombre el cantor del universo y en su vida se descifra el secreto de la oración cósmica. Cantar es intuir y afirmar que el espíritu es real y que la gloria está presente. Cantando percibimos lo que de otro modo quedaría fuera de nuestra capacidad de percepción. El canto, y en particular el canto litúrgico, no es solo un modo de expresión del ánimo humano, sino un modo de hacer que el espíritu descienda del cielo a la tierra. El valor numérico de las letras que forman la palabra *shirà* (canto), es igual al valor numérico de la palabra *tefillà* (oración)⁵.

4 *I Sm 2,2.*

5 Rabbi Bachjà ben Asher, *Comentario a Números 21,19.*

La oración es canto. “*¡Canten al Señor con instrumentos musicales, pregonen todas sus maravillas!*” (Cf. *1 Cro* 16,9), todo el misterio que nos circunda. El estupor desafía cualquier descripción. El misterio supera los límites de expresión. El único lenguaje que parece compatible con la maravilla y el misterio del ser es el lenguaje de la música. La música es más que simple expresividad. Es más bien un estirarse hacia un ámbito inalcanzable para las palabras. La expresión verbal corre el riesgo de ser tomada a la letra o de sustituir a su comprensión profunda. Las palabras se transforman en *slogan* y los *slogans* en ídolos. La música en cambio desafía el límite humano. La música es un antídoto contra sofisticadas formas de idolatría.

Mientras otras fuerzas en la sociedad compiten entre ellas para entorpecer nuestra mente, la música nos regala momentos en los cuales la sensación de lo inefable se hace viva.

La escucha de la gran música proporciona una experiencia que conmueve, que impulsa al alma a ir al encuentro de un aspecto de la realidad con el cual la mente nunca puede relacionarse adecuadamente. Experiencias de este tipo socaban la autocomplacencia y la presunción, pudiendo producir una sensación de contrición y disponibilidad para el arrepentimiento.

No soy músico ni tampoco un experto en música. Y, sin embargo, la experiencia conmovedora de la música se me transformó en un desafío para mis reflexiones sobre los interrogantes decisivos. Me he pasado la vida trabajando sobre los pensamientos. Y hay un problema que no me deja en paz: ¿estos pensamientos alcanzarán alguna vez la altura a la que llega la música auténtica?

Se dice que en los tiempos en los que aquel que transgredía la Ley llevaba su sacrificio de reparación al Templo santo de Jerusalén, el sacerdote lo escrutaba atentamente, penetrando todos sus pensamientos. Si intuía que aquella persona aun no se había arrepentido sinceramente, el sacerdote invitaba a los levitas a entonar un canto para inducir al pecador a *teshuvà* (conversión y arrepentimiento).

La música nos conduce al umbral del arrepentimiento, a la insoportable percepción de nuestra debilidad y fragilidad y de la temible importancia de Dios. Me definiría como una persona atormentada por la música, una persona que jamás pudo recuperarse de los golpes dados por la música. Y, sin embargo, la música es un recipiente que puede contener lo que viertan en él. Puede expresar

vulgaridad, o comunicar realidades sublimes. Puede prestar su voz a la vanidad; o inspirar humildad. Puede generar rabia furibunda, o encender a compasión. Puede convocar a la estupidez o expresar magnificencia. Frecuentemente abre cauce al mayor sentido de reverencia del que el ser humano es capaz de concebir, pero no es infrecuente que formule motivaciones espantosamente arrogantes.

La música del cantor es sobre todo música al servicio de la palabra litúrgica. Su núcleo central es la *nussach* (unción) y su integridad depende del cultivo de la *nussach*. He sostenido en otra parte⁶ que una de las razones principales de la decadencia de la oración sinagoga estriba en la pérdida de la *nussach*, la pérdida del sentido del verdadero canto. Rezar sin *nussach* significa perder la participación activa de la comunidad. Puede darse que la gente no sepa rezar, pero sabe cantar. El canto conduce a la oración. Lo que entiendo por desapego entre la música del cantor y la palabra litúrgica, no es cantar sin palabras, sino el canto que contradice las palabras. Se trata de una cuestión tanto espiritual como técnica. La voz del cantor no debe reemplazar las palabras, ni interpretar erróneamente el espíritu de las palabras. El cantor que prefiera mostrar su bella voz más que transmitir la palabra, proponiendo con claridad el espíritu del texto, no logrará nunca acercar la comunidad al espíritu de las palabras, no podrá acercar la comunidad a la oración. “Sé humilde ante la(s) Palabra(s)”, tendría que ser el imperativo del cantor.

La música es una seria pretendiente a ocupar el lugar de la religión en el corazón humano, y para muchos la sala de conciertos es un sustituto de la sinagoga. En realidad la separación de la música de la palabra puede favorecer una espiritualidad que no se compromete, prestando un servicio más a la música de concierto que no al enriquecimiento del culto.

El cantor que contempla la Santidad del Arca, y no hace caso a la curiosidad de los hombres, se dará cuenta de que su auditorio es Dios. Caerá en la cuenta de que su tarea no es divertir a la gente, sino representar al pueblo de Israel. Será llevado a vivir momentos en los que olvidará el mundo, ignorará la asamblea, y se verá abrumado por la conciencia de Aquel ante cuya presencia se encuentra. La asamblea, entonces, escuchará muy atentamente, dándose cuenta de que el cantor no está recitando, sino adorando a Dios; que rezar no significa escuchar a un cantor, sino identificarse con cuanto viene proclamado en nombre de la asamblea.

6 Cf. A. J. Heschel, *L'uomo alla ricerca di Dio*, Bose 1995, pp. 86-87 y 152-153.

Cuando entro en la sinagoga, abandono, antes que nada, todo aquello que sé y busco comenzar “*da capo*”⁷. Algunas veces las palabras se abren, otras permanecen como cerradas bajo llave. Pero aun así, en nuestra incapacidad de entender, la música se nos abre como espacio acogedor aun para los de fe pobre. Es una realidad tan lejana, y sin embargo aun a nosotros nos es dado percibirla. El orgullo empieza a desvanecerse de a poco y la alabanza comienza a surgir. La voz del cantor es una puerta y muchas veces basta el chirrido de la puerta que golpetea, para hacer trizas nuestra sensibilidad.

El ser humano es puesto a prueba constantemente, y el examen entrecruzado a que se encuentra sometida el alma puede captarse en la música. Una de las realidades reflejadas en la moderna música del cantor es la falta del sentido del misterio que está en la raíz de la conciencia religiosa. La música alcanza su dimensión religiosa cuando deja de estar satisfecha con transmitir lo que está al alcance de la emoción o la imaginación. La música religiosa es una tentativa de comunicar aquello que si bien entra dentro de nuestras capacidades de percepción, sin embargo no está a nuestro alcance. La pérdida de esta tensión somete a toda la música del cantor al riesgo de convertirse en una distorsión del espíritu.

La música es el alma del lenguaje. Una proposición bien articulada es mucho más que una serie de palabras amontonadas. Una frase desentonada, sin musicalidad, es como un cuerpo sin alma. El secreto de una frase armoniosa se encuentra en un ritmo y una musicalidad que corresponde al significado de las palabras. Debe haber sintonía entre la música y el texto. Desgraciadamente esta armonía falta penosamente en el texto ejecutado por el cantor. Uno queda traumatizado al escuchar pensamientos estupendos expresados con cadencias y acentuaciones equivocadas: palabras sublimes combinadas con melodías groseras. Mucho de lo que escuchamos en la sinagoga es extraño a nuestra liturgia. Mucha de la música que escuchamos distorsiona y hasta contradice las palabras, en lugar de darles la debida intensidad y el relieve adecuado. Una música de este género tiene un efecto devastador en nuestra búsqueda de oración. No es raro sentirse profundamente ofendido al escuchar ciertos fragmentos musicales ejecutados actualmente en ciertas sinagogas modernas.

Por otra parte, es cierto que, al igual que existen *speakers*⁸ mejores que las palabras que profieren, igualmente se encuentran mejores cantores que la música que cantan. Si bien no se trata en este caso de la validez de una determinada persona, el futuro de la oración hebrea depende en gran medida del cantor y sus capacidades.

El *Siddur* (el *Libro de oración*) es un libro del cual todos hablan, pero pocos lo han leído realmente. Un libro que tiene la peculiaridad de ser de los menos conocidos de nuestra literatura. ¿Reflexionamos sobre el sentido de sus palabras? ¿Tratamos de adecuar nuestra vida interior a lo que es proclamado en la *nishmat*⁹? ¿*El alma de todo ser viviente bendice tu Nombre, Señor Dios mío...?* Y hay quien sostiene que el *Siddur* no expresa las necesidades, deseos y aspiraciones del hombre contemporáneo.

Debemos aprender a estudiar la vida interior de las palabras que pueblan el universo de nuestro *Libro de oración*. Sin un estudio intenso de su significado nos sentimos efectivamente desconcertados ante aquella multitud de seres extraños y elevados que pueblan el cosmos interior del ser hebreo. El infortunio, la desgracia del *Libro de oración*, es que es demasiado grande para nosotros, demasiado elevado. Nuestras almas pequeñas deben, antes que nada, elevarse hasta su grandeza. No logramos elevar nuestras mentes a su magnificencia, y nuestras almas se extravían en su sublime rareza. No se trata simplemente de la necesidad de buscar una palabra en el diccionario o de experiencias poco placenteras con la gramática. Cada palabra tiene un alma, y debemos aprender cómo entrar en su vida con los ojos bien abiertos. Las palabras generan un compromiso, y no son solo objeto de reflexión estética.

Este es nuestro dolor. Proferimos palabras, pero no tomamos decisiones. Ni siquiera sabemos cómo analizar una palabra con el fin de descubrir su significado. Olvidamos cómo encontrar el acceso a una palabra, cómo se entra en contacto íntimo con alguno de los trozos del *Libro de oración*. Todas las palabras nos suenan familiares pero no nos hallamos a gusto con ninguna. El *Siddur* se ha transformado en un idioma extranjero que el alma no sabe ya cómo pronunciar.

8 Oradores.

9 *Nishmat* es una oración que se recita después de la *Canción del Mar* durante *Pesukei D'Zimrah*, pero antes de *Yishtabach en Shabbat y Yom Tov*.

Para que la música del cantor vuelva a adquirir su dignidad no será suficiente estudiar la naturaleza auténtica de nuestra tradición musical. Se hace necesario un *renacer litúrgico*. Esto conllevará no solo un sentido nuevo de fe y de reverencia, sino también una renovada capacidad de penetrar en profundidad el sentido de las palabras litúrgicas, como también el aprender a pronunciarlas y a apropiarse de ellas con intensidad. El declive de la *jazzanut* (la cantoría) continuará mientras no nos demos cuenta de que la reverencia y la fe son tanto o más importantes que el talento y la técnica y que la música no debe perder su relación con el espíritu de las palabras.

Para el cantor es importante estudiar la partitura, pero es igualmente importante estudiar las palabras del *Libro de oración*. La educación del cantor tiene necesidad de conquistas y adquisiciones intelectuales y no solo estéticas. En el judaísmo, el estudio es una forma de culto, pero se puede decir que el culto es también una forma de estudio; estudio que incluye la meditación. No alcanza con confiar en la voz de una persona. Urge el esfuerzo constante para encontrar acceso a la sublimidad de las palabras del *Libro de oración*. ¿Con qué cosa nos confrontamos en la atmósfera de la sinagoga? No solo con palabras sagradas y no solo con acentos espirituales. Justamente esta es la esencia de nuestra liturgia: la de ser una combinación de palabra y música. Por grande que sea la música, no es el fin último, ni siquiera el más elevado. El fin último es Dios y el medio a través del cual Él nos ha comunicado y proporcionado orientación y guía es *la palabra*. No tenemos música sagrada. Reverenciamos la sagrada Escritura, las palabras sagradas. La música es el lenguaje del misterio. Pero hay algo que es mayor que el misterio. Dios es el significado más allá de todo misterio. Este significado se esconde en las palabras de la Biblia, y nuestra oración no es más que un intento de explicarnos a nosotros mismos lo que está oculto en aquellas palabras.

No obstante toda su grandeza, hay algo aun mayor que la música. En el Sinaí escuchamos truenos y relámpagos, pero este magno acontecimiento no ocurrió para la escucha de la música de los elementos, sino por la Palabra de amor. La Voz fue pronunciada para siempre y nosotros somos seguidos por ella. En nuestras sinagogas no tenemos ni estatuas ni íconos. Ni siquiera sentimos la necesidad de símbolos visibles para suscitar en nosotros una actitud cultural interior. Todo lo que tenemos son las palabras de la liturgia y la reverencia de nuestros corazones. Pero ocurre frecuentemente que estos dos elementos se encuentran separados el uno del otro. Es tarea de la música unirlos.

“¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién entrará en el lugar de su Santo? El que tiene manos inocentes y puro corazón, quien no entrega su vida a la vanidad, y no jura con intenciones fraudulentas” (Sal 24,3-4). El cantor logrará guiar a otros a la oración no por lo imponente de su voz, ni tampoco meramente por su talento, sino con el sentido de lo sagrado, con temor y temblor, con la contrición y la conciencia de la propia inadecuación. El cantor está llamado a dejarse implicar, a *entrar-dentro-de* aquello que dice, ya que también entra dentro de sus tareas enseñar a los demás la manera de interiorizar las palabras de la liturgia. Tiene por misión secreta convertir a los demás, guiarlos al punto en el que caigan en la cuenta de que la arrogancia precipita en el abismo y el sacrificio, en la eternidad.

Difícilmente se pueden dar pruebas de la existencia de Dios, pero sí hay testigos de ella. Entre esos testigos, ocupan los primerísimos lugares la Biblia y la música. Nuestra liturgia es un momento en el cual estos dos testigos se manifiestan. “*En el testimonio de dos testigos se apoya toda reivindicación*”¹⁰. Nuestra liturgia consiste en el testimonio tanto de la música como de la palabra. Tal vez sea esta la mejor manera de definir al *ba'al tefillà*. Es aquel en el cual los dos testigos se encuentran. Es una persona en la cual tiene lugar una ecuación espiritual: **la ecuación entre el canto y el alma, entre la palabra y la mente**. El yo y la oración llegan a ser una cosa sola.

Me complacería pensar en la *jazzanut* como una especie de exégesis del *Siddur*, una especie de interpretación de las palabras de la liturgia. Las palabras mueren por la rutina: la tarea del cantor es devolverles la vida. El cantor es aquel que conoce el secreto de la resurrección de las palabras. Este arte no solo exige que el cantor ofrezca la propia vida sino también la vida contenida en la piedad de todas las generaciones pasadas. Nuestra liturgia contiene infinitamente más que lo que nuestros corazones puedan “sentir”. La liturgia hebrea, tanto en sus textos como en su música, es un sumario espiritual de nuestra historia. Existe una *Torá* escrita (la Escritura) y una *Torá* oral (la tradición). Nosotros, los hebreos, sostenemos que la una sin la otra son incomprensibles. Del mismo modo podemos decir que *hay una liturgia escrita y una liturgia no escrita*. Está la liturgia, pero existe también un acercamiento interior y una respuesta a ella, un modo de dar vida a las palabras, un estilo gracias al cual las palabras se transforman en una proclamación personal y única.

10 “La sentencia deberá fundarse en la declaración de dos o más testigos” (Dt 19,15). “Toda cuestión debe decidirse por la declaración de dos o tres testigos” (2 Co 13,1).

El Señor ordenó a Noé: «*Entra en la “Tevà”, tú y toda tu familia*» (Gn 7,1). *Tevà* significa “arca”, pero también significa “palabra”. Rezando, una persona debe entrar en la palabra con todo aquello que posee, con el corazón y el alma, con el pensamiento y la voz. “Hagan luz para la *Tevà*”¹¹. La palabra es oscura y el deber de aquel que reza es encender la luz en el mundo. Tenemos que acercarnos con humildad tanto a la palabra como al canto. No debemos olvidarnos nunca que la palabra es más profunda que nuestro pensamiento y el canto más sublime que nuestra voz. La palabra nos hace crecer. Los rabinos sostienen que “aquellos que llevaban el Arca de la Alianza eran llevados por el Arca”¹². Y en efecto, quien sabe llevar la palabra en todo su esplendor, es llevado por esta misma palabra y, quien ha encendido una luz en lo interno de la palabra, descubrirá que ha encendido una luz dentro de su alma. ¿Dónde está la *Shekináh*? ¿Dónde encontramos la Presencia de Dios? Según la *Tikkunè Zohar*, la *Shekináh* se encuentra en las palabras. Dios está presente en la palabra sagrada. Rezando descubrimos la sacralidad en las palabras.

El canto es la expresión de la intimidad del hombre. De ningún otro modo el hombre se descubre tan completamente como cuando canta. De hecho, la voz de una persona, sobre todo cuando es articulada en el canto, nos muestra el alma en su desnudez total. Cuando cantamos expresamos y confesamos todos nuestros pensamientos. En todos sus sentidos la esencia del cantor es la efusión del alma (*jazzanut* es *hishtapkut ha-nefesh*). Se cuenta que el Baal Shem Tov estaba escuchando intensamente a un músico que cantaba. Sus discípulos le preguntaron por qué estaba tan sumergido en la escucha del canto. Respondió: “Cuando un músico ejecuta, saca fuera todo lo que ha realizado”.

En efecto, el cantor que está ante el Arca revela toda su alma, expresa todos sus secretos. El modo de ser cantor implica la profundidad, la riqueza y la integridad de la existencia personal. Hay un relato sobre un rabí hasídico en Galizia que contaba entre sus seguidores a muchos (*jazzanim*) cantores. Todos estaban acostumbrados a reunirse en el jardín del rabí para el sábado que precede a *Rosh-ha-shaná*. Terminado el encuentro tenían por costumbre entrar al despacho del rabí para pedirle la bendición, con la finalidad de que las oraciones realizadas por ellos en *Rosh-ha-shaná* fueran recibidas en el cielo. Ocurrió una vez, –prosigue

11 Según el *Ba'al Shem*.

12 Cuando los sacerdotes que transportaban el arca del pacto del Señor atravesaron las aguas del Jordán (*Jos* 4,11 ss), “el Arca transportó a sus portadores” (*Sotà* 34a).

el relato—, que uno de los cantores entró al despacho apenas terminado el sábado para despedirse. A la pregunta del rabí de por qué tal apuro en irse, el cantor contestó: «Porque tengo que ir a casa a repasar los cantos para la liturgia de los “Días de temor”¹³. El rabí le dijo: “Para qué revisar los cantos y los apuntes, si son los mismos que el año pasado. Es más importante que repases tu vida y observes tus obras, porque tú no eres el mismo que el año pasado». El cantor olvidó su apuro por partir.

El temor reverencial es un prerrequisito de la fe y un componente esencial del cantor. La pérdida de dicho temor, que se debe alimentar en presencia de la asamblea, la no toma de conciencia de cuán pobres somos en nuestro espíritu y en nuestras acciones, es una carencia peligrosa.

Un hombre instruido había perdido el trabajo y buscaba cómo sobrevivir. Los miembros de su comunidad, que lo admiraban por su erudición y su piedad, le sugirieron hacer de cantor en los “Días del temor”. Pero el hombre se consideraba indigno de servir de portavoz de la comunidad, en la tarea de elevar la oración de sus semejantes al Omnipotente. Fue a consultar a su maestro, el rabí de *Husiatin*, exponiéndole su triste situación, haciendo mención de la invitación a servir como cantor en los “Días del temor” y de sus temores en aceptar aquella invitación de la que se sentía indigno. “Ten temor y reza”, fue la respuesta del rabí.

13 “Días del temor, en hebreo *jamim nora'im*, son los diez días dedicados a las grandes festividades judías de Rosh hashaná y Yom kippur.